

las asociaciones de espectadores

OSVALDO Dragón, el excelente autor argentino, me decía que el problema del teatro independiente de su país —impulsar de una nueva dramaturgia y un nuevo modo de hacer el teatro en la Argentina— fue doble: de una parte hubo que ordenar la representación sobre nuevas bases, de otra organizar un público.

Este último aspecto reviste excepcional importancia. Pensar que el simple anuncio y aún la creación de un espectáculo formal e ideológicamente no burgués va a llegar a un público obrero es una ingenuidad. El teatro se produce dentro de unos cauces, al servicio de unos sectores que tienen el hábito, el dinero y el tiempo necesarios. Excepcionalmente, cabe la audiencia popular, al arrimo quizá de unas Fiestas y la subsiguiente euforia de los días juzgados extraordinarios. Pero, pasada la excepcionalidad, la vida de ese espectador ocasional se ajusta nuevamente al ritmo cotidiano y el teatro vuelve a quedar al margen. La verdad es que, salvo la ocasión de una poca retórica, apenas se ha ganado nada.

Incluso se plantea el problema en el ámbito ya concreto de la burguesía. Muchos, que disponen de tiempo, dinero y curiosidad, dejan de interesarse por el teatro, o lo juzgan mal, a la vista de su mediocridad. Los éxitos inesperados obtenidos por alguna obra estimada inicialmente difícil por los empresarios, prueban que en nuestra burguesía existe un sector que podría, debidamente encuadrado, sostener un tipo de teatro mejor que el que habitualmente se le propone.

Quiero decir con todo esto que incluso entre los destinatarios normales del hecho teatral español cabe intentar una organización de los mejores. Si, como es necesario, nos planteamos, además, la forma de que el teatro llegue a públicos más amplios, a eso que suele llamarse el "público popular", la organización de los espectadores aparece como una exigencia absoluta.

En algunos países, como en Francia, esta organización no suele ser autónoma. Se basa en la vinculación de la asociación de espectadores a un determinado teatro —como fue el caso del Club de Amigos del Teatro de las Naciones—, o en la relación regular entre las empresas de los grandes teatros y los sindicatos. En otros lugares, como en Alemania, tales Asociaciones de Espectadores se rigen a sí mismas, siendo capaces de estimular y aún sostener el tipo de teatro que les interesa. Junto a estas estructuras, más o menos encaminadas a una verdadera organización de los espectadores, ni que decir tiene que en muchos otros países —y ese fue, por ejemplo, el caso de la Argentina— los mejores grupos han solido trabajar en fábricas y suburbios con el ánimo de crear un público obrero consciente de las significaciones y valores posibles del teatro.

En España, salvo ocasiones excepcionales, la política de espectadores no ha pasado de un descuento para obreros y estudiantes más las consentidas funciones populares. No entra aquí la denigrante condición de una gran parte de esas "temporadas populares", con mal teatro a bajo precio. Me refiero a los intentos serios encaminados a favorecer el acceso a nuestro mejor teatro de un público que no dispone de las cien pesetas por butaca. La larga permanencia en cartel del "Proceso a la sombra de un burro", o de "La Celestina", tiene mucho que ver con la presencia de este tipo de espectadores.

Ahora, en el Anteproyecto de la nueva ley del Teatro —comentada en esta columna desde hace varias semanas— se considera seriamente la posibilidad de que se organicen en España verdaderas Asociaciones de Espectadores al modo alemán. Tales Asociaciones, regidas por una directiva designada por los asociados, constituirían una importante fuente de opinión y de presión ascendente. Articularían un criterio de indudable repercusión. Una compañía privada o un grupo de cámara podría saber, antes de ensayar una obra, si ésta costaba o no con el interés previo de las Asociaciones de Espectadores. Para los teatros de ensayo, obligados a las funciones únicas, el dato podría ser preciso. La economía privada del asociado y la del empresario se beneficiarían recíprocamente al integrarse la primera en un frente, una cifra y una demanda de carácter colectivo.

Esto permitiría —y así lo prevé el anteproyecto— una nueva forma de subvención: la subvención al espectador. El Estado entregaría al empresario un tanto por ciento de la localidad cuando las Asociaciones de Espectadores se interesasen por las representaciones juzgadas importantes. El espectador pagaría una parte, el Estado otra, y la empresa otra; sin que ésta última resultase perjudicada, puesto que la cesión de una parte de la localidad vendría compensada con el número de espectadores garantizados.

Asociaciones de espectadores universitarios u obreros tendrían, pues, no sólo una reducción en las localidades, sino, a través de sus directivos, voz y presencia en la vida teatral española. Las posibilidades de una vida cultural interior y de una constante promoción de nuevos asociados serían otros factores encaminados a robustecer esta concepción activa, opinante, y no de simple consumidor, del espectador. Una vida teatral que hoy no nace entre las manos de los viejos intereses, los viejos gustos y las viejas convenciones, podría tal vez plantearse sobre las bases de un diálogo previo entre los que quisieran hacer ese otro teatro y los que quisieran verlo. Luego, el éxito o el fracaso señalarían el destino último del espectáculo. Pero, al menos, se partiría de bases y previsiones que hoy son, en cada estrato, en cada comedia guardada en el cajón, una total incógnita.

JOSE MONLEON

el fantástico ryun

EN Berkeley, California, Jim Ryun, un muchacho de diecinueve años, cumplidos el 29 de abril último, ha batido hace unas semanas el record mundial de la milla (1.609 metros) cubriendo la distancia en 3 m. 51 s. 3/10, mejorando así el record anterior en posesión del francés Michel Jazy, en dos segundos y cinco décimas.

La noticia de esta «performance» prodigiosa no ha sorprendido demasiado. Ryun, estudiante de la Universidad de Kansas, ha corrido la milla cuatro veces por debajo de los cuatro minutos, y no mucho antes de esta preza que comentamos había conseguido un tiempo sólo superior en una décima a la plusmarca de Jazy. Como lo había hecho sin ayuda de ninguna clase, se podía estimar que era capaz de correr mucho más rápido con una liebre apropiada. La realidad ha confirmado la predicción.

Los técnicos estiman que Ryun puede correr la milla por debajo de los 3 m. 50 s. y no cabe duda que pueda hacerlo. En Berkeley se conjugaron ciertamente una temperatura ideal (25 grados, cielo azul, viento nulo), una pista excelente y unas liebres de calidad como Tom Van Ruden, Rich Reno y Wade Belt. Pero, por contra, Ryun corrió aquejado de dos callos en su pie derecho que lo molestaron bastante.

Es curioso señalar que este muchacho inquieto, siempre sonriente, que piensa convertirse en fotógrafo de Prensa cuando termine sus estudios, pertenece a la misma Universidad que Glen Cunningham, el último norteamericano que poseyó la plusmarca de la milla (5. m. 06 s. 7/10, en 1934) y que Wes Santee, último estadounidense en figurar como recordman mundial de los 1.500 metros (3 m. 42 s. 8/10, en 1953).

Ryun, que mide 1 m. 88 y pesa 70 kilos, ya está en posesión del record del mundo de los 880 yardas (1 m. 44 s. 9/10), ha conseguido 3 m. 35 s. 7/10 en los 1.500 metros; es decir, sólo una décima más que el record del australiano Herb Elliot, y batirá antes del fin de temporada el record de los 800 metros, en posesión del neozelandés Peter Snell, que lo estableció en los Juegos Olímpicos de Roma con 1 m. 44 s. 3/10.

Peter Snell, el famoso corredor neozelandés, que ha visto a Ryun en acción ha dicho sobre él: «He conocido a muchos atletas sensacionales de veinte años. Pero ninguno pasó al entusiasmo de Ryun. Este chico batirá todos los records que se proponga».

Cuando hace apenas doce años, el doctor inglés Roger Bannister se convirtió en el primer atleta en franquear la barrera de los cuatro minutos en la milla, el Parlamento inglés suspendió su sesión y todos los diputados, puestos en pie, entonaron el «God save the Queen». Ahora, en Berkeley, Cary Walshe, que empleó 3 m. 58 s. (mejor tiempo que el de Bannister) quedó cincuenta metros por detrás de Jim Ryun, que ha abierto una nueva era en este mundo del medio-fondo, cuyos límites no paran de retroceder.

En ese fantástico arsenal deportivo que son las Universidades norteamericanas, Ryun no es un producto raro. Un trabajo metódico y duro, bajo la dirección de su entrenador Bob Timmons le honllavado al éxito. Para Ryun correr 80 kilómetros por semana, en plan de entrenamiento, es un juego de niños.

A la vista de la preza de Ryun —preza casual, pues la prueba de la milla se molestó sustituyendo a la prevista de 1.500 metros para el encuentro EE. UU.-Polonia, suspendido a última hora por ausencia de los pelaceros— se formula nuevamente la pregunta: ¿Cuáles son los topes del hombre en atletismo? Porque debe existir una barrera, un punto muerto, en el que la velocidad ha de morir frente a las leyes de las limitaciones inexorables.

Sin embargo, los técnicos no se atreven ya a fijar barreras que se distienden como la goma. Año tras año, los records caen destrozados por un margen sensacional, como en Berkeley, o arañados simplemente en unas décimas de segundo en cada embate.

En la renovación tradicional que después de cada Olimpiada se produce en el atletismo estadounidense, Jim Ryun no es ningún raro ejemplar. Los casos de Smith, que ha corrido los 200 metros por debajo de los 20 segundos, convirtiéndose así en el hombre más rápido de la historia, o el de la nueva generación de portuquistas que se eleva por encima de los cinco metros como quien bebe un vaso de agua, abundan en la impresión de que el «stop» al esfuerzo humano está todavía lejos de haberse conseguido.

He aquí los tiempos comparativos entre los records de Jazy y Ryun:

	Ryun	Jazy
440 yardas	57.9	57.3
880 yardas	1.55.5	1.56.0
3/4 milla	2.55.3	2.57.4
Milla	3.51.3	3.53.8

JUAN JOSE CASTILLO